

Recordar, compartir, aprender

Madrid

Julia Gómez, 78 años

Ana María Jaramillo, 29 años

“...Y UN REMIENDO SOBRE OTRO EN MI VESTIDO”

Es imposible vivir fuera de la Historia. Aunque no se tenga en la memoria las fechas de los grandes acontecimientos que marcaron el curso de un país, la propia y sencilla vida nos hace partícipes. Mientras el rumbo de muchos estuvo atravesado, directamente en sus cuerpos, por la esperanza de una República justa y democrática y la agonía de una guerra despiadada; en las profundidades de una España rural, marginada y desentendida, crecía una niña más, que atestiguaba con su miseria, el rostro de toda una nación.

Setenta y ocho años después, Julia Gómez, vecina en un bajo de Alcorcón (Madrid), vive en la abundancia, entre su familia y los amigos de las clases de lectura del centro de mayores. Hoy es toda una mujer, a veces triste pero siempre amorosa, que recuerda a la pequeña que un día todo le faltó.

“Nací en Serranillos. No había luz, ni nada. Sólo miseria. Mi padre era pastor y dormía siempre en el campo. Mi madre segaba trigos ajenos y atendía el huerto. Mi abuela era la matrona de todos. El día era frío y la noche siempre oscura. Comíamos lo poco que daba la tierra: para desayunar, patatas en puchero; al mediodía, judías y patatas; y por la noche, patatas en sartén. Con las florecitas amarillas del monte, hacíamos escobas, y con las pequeñitas, manojitos para fregar las paredes. Pasábamos noches enteras escondidas en el bosque mientras unos hombres festejaban en el pueblo. Vivía descalza. Era otra época.

Aún recuerdo el sentimiento de hambre y me duele la pobreza de hoy. No me fastidien con que no pueden llevar comida a los niños pobres, ¿pueden llegar a la luna y no pueden llevar agua a otros países que están más lejos? ¿Y esos qué hacen? ¿Dar cuatro patadas a un balón para divertir a cuatro gamberros habiendo tanta hambre? Yo no lo veo bien hija mía... La miseria, la miseria es no tener para comprar un cachito de pan o un trapito para cubrirse del frío. ¡Ya quisiera yo haber tenido la crisis de hoy!

No teníamos ni para matar un guarro. Cuando algún vecino lo hacía, le daba algunas tripas y diez céntimos a mi abuela por lavar el vientre. De ahí sacábamos sebilló para hacer chicharras o jabón. Mi madre cambiaba el jamón por tocino, porque éste le daba torreznos (corteza con tocino) y unos poquitos de aceite. Cocinábamos con leña sobre una piedra grande que manteníamos más limpia que el jásper en un rinconcito de la cocina. Poníamos dos murillos de hierro con dos bolas doradas y brillantes que sostenían el puchero. Al lado siempre había un candil con aceite y mechita para encender la leña e iluminarnos en la noche”.

“¡Abuela! vamos a comer que tenemos hambre, le decíamos los niños. No, hasta que el sol no toque esa piedra -nos contestaba ella- no es la hora de comer, iros por ahí otro poco y si no tenéis nada que hacer coged una cesta e id por estiércol. Y como yo era la mayor siempre tenía que hacer los mandados. Recuerdo que un septiembre, como a las tres de la tarde, mi madre, para que no me echara la siesta, me mandó con una cesta por los higos. Había que pasar por una reguera sobre un puentecito de piedra por donde salía mucha hierba e iba yo tan tranquila cuando una serpiente se plantó delante de mi, en la mitad del puente, y me hizo shhh shshhh, y yo tiré la cesta y corrí, corrí, corrí hasta mi casa. Sólo recuerdo el zapatazo que mi madre me dio por haber perdido las frutas. De regreso, un hombre me encontró llorando y me ayudó.

Lo que es el hambre. Cada 15 días íbamos al molino por una arroba de harina para hacer el pan. Cuando salía del horno, mi abuela nos lo ponía bajo el brazo para que lo lleváramos a un baúl donde lo guardaba para que no se pusiera malo y durara todo el mes. Como había hambre hasta para los animales, los ratones entraban en el pan y se lo comían dejando una huella en forma de espiral. Y cuando mi abuela se daba cuenta nos decía: bajadle esto a las gallinas, hijas mías. Pero luego nosotras aprendimos a hacer el agujerito. La pobre nunca lo



supo y repetía ¡madre mía, otra vez se han entrado los ratones!, pero ya no eran ellos, eran las ratoncitas que tenían hambre.

En el verano aparecía un matrimonio que llevaba un rebaño de cabras a pasar allí la estación. Hacían quesos para venderlo y a los niños nos regalaban un poquito de suero. Hacíamos requesón y nos lo comíamos en el balcón de madera, ¡era tan bonito! Prendíamos la lumbre sobre la piedra grande del rinconcito y sacábamos el pucherito. Veíamos el monte mientras el olor a madera quemada se esparcía. Echo de menos la naturaleza: los rebollos altos y sus hojas secas que hacían camitas, las zorras que bajaban del monte a buscar comida, la luna grande, redonda, preciosa. Nos sentábamos bajo su luz a desgranar las judías secas del día y a observar a mi abuela tejer con la rueca y el huso.

La pobreza también estuvo en el amor. Cuando aún era una mocosina le gustaba a un chico del pueblo. Él me traía zarzamoras del bosque mientras yo le tejía guantes para el invierno. Pero, aunque él miraba otras cosas en mí, su abuelo le decía ¿cómo te gusta la Julia si va siempre con la ropa vieja? Y sí, así era, yo tenía pocas cosas y un remiendo sobre otro en mi vestido”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La naturaleza tiene mucho que enseñarnos. Mira cómo viven los animales, se cuidan entre ellos y sólo matan para comer. Me gustan los adelantos que hay para operar y curar a la gente, yo estoy viva porque los médicos me arreglaron el corazón. Antes a una mujer que no podía tener hijos la llamaban machorra pero ahora pueden ayudarle a tenerlos. El otro día en el zoológico nació un elefantito divino, por inseminación, y me puse feliz de ver lo que hacían los veterinarios.

A mi me gusta la simpleza del pasado. No digo que seamos como antes, pero mira, íbamos andando a todos sitios y acá estamos. Ahora, todos, todos los que venimos al centro de mayores tenemos cómo ir al mercado, nunca jamás en la vida habíamos tenido tanto dinero junto. Todo este progreso es bueno pero también extraño el campo.

Vivir vale la pena. Levantarse y ver la luz del sol. En mi pueblo tengo una terraza, cada año voy allí a pasar una temporada. Me siento cómoda, observo el cielo y le enseño a mi nieto la estrella polar desde donde la abuelita lo cuidará. Miro la fuente que sigue allí, el puente de la garganta y los huertos que han respetado. Aunque han cambiado cosas, el paisaje desde el balcón, en la parte de atrás de la casa, donde me sentaba en las noches con mi abuela, sigue estando exactamente igual. Mi vida ha sido miserable pero, sólo por ese recuerdo con ella, quisiera seguir viviendo.